

puertas a la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados.

Entonces dijo Sancho:

—Bien conozco a Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto a ser Ana Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena o mala intención, no me entremeto.

Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dijo:

—Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento de vivir, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron.

Y mandó luego ahorcar de la antena a los dos turcos que a sus dos soldados habían muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía había sido la suya: hizo el General lo que el Virey le pedía, porque no se ejecutan bien las venganzas a sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar a don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenía: diéronse muchos medios, pero ninguno fue tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver a Argel en algún barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía donde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del Renegado, ni confiar dél los cristianos que habían de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote, su padre, dijo que salía a dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo a la morisca y a su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese hara su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

#### CAPÍTULO LXIV

*Que trata de la aventura que más pesadumbre dió a Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido.*

La mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver a Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado,

si enamorada de su belleza como de su discreción; porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca; y toda la gente de la ciudad, como a campana tañida, venían a verla.

Dijo Don Quijote a don Antonio que el parecer que habían tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenía más de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen a él en Berbería con sus armas y caballo; que él le sacaría a pesar de toda la morisma, como había hecho don Gaiferos con su esposa Melisendra.

—Advierta vuesa merced—dijo Sancho, oyendo esto—, que el señor don Gaiferos sacó a su esposa de tierra firme, y la llevó a Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos a don Gregorio, no tenemos por dónde traerle a España, pues está la mar en medio.

—Para todo hay remedio, sino es para la muerte—respondió Don Quijote—; pues llegando un barco a la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida.

—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced—dijo Sancho—, pero del dicho al hecho hay gran trecho; y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.

Don Antonio dijo, que si el Renegado no saliese bien del caso, se tomaría el expediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería.

De allí a dos días partió el Renegado en un ligero barco de seis remos por una banda, armado de valentísima chusma, y de allí a otros dos se partieron las galeras a Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix.

Quedó el Visorey de hacerlo así como se lo pedía; y una mañana saliendo Don Quijote a pasearse por la playa, armado de todas sus armas (porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto), vió venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual, llegándose a trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones a Don Quijote, dijo:

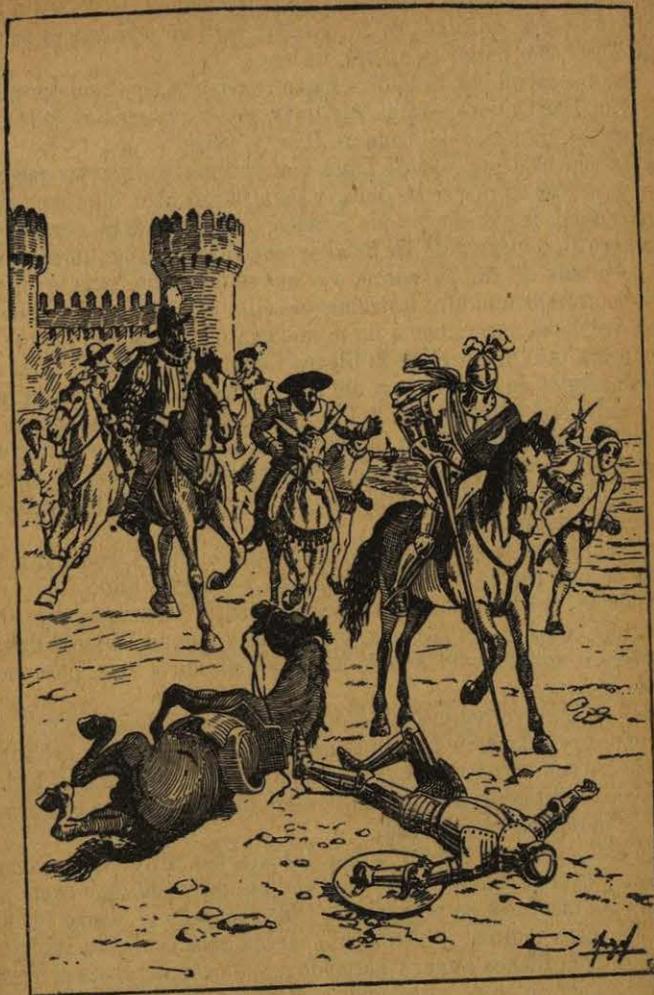
—Insigne caballero, y jamás como se debe alabado, Don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria; vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, exeurará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú

peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará a tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará a la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademán severo le respondió:

—Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado a mi noticia, yo osaré jurar que jamás habéis visto a la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurarades no poner os en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda; y así, no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido, aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el día que traéis determinado; y sólo exceto de las condiciones la de que se pase a mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean; con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes; que yo haré lo mesmo; y a quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga.

Habían descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dícho-selo al Visorey, y que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El Visorey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno o por otro algún caballero de la ciudad, salió luego a la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban y Sancho al tiempo cuando Don Quijote volvía las riendas a Rocinante, para tomar del campo lo necesario. Viendo, pues, el Visorey que daban los dos señal de volverse a encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movía a hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura; y en breves razones le dijo las mismas que había dicho a Don Quijote, con la acetación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorey a don Antonio, y preguntóle paso si sabía quién era el tal caballero de la Blanca Luna o si era alguna burla que querían hacer a Don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de



... allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza...

veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorey en si les dejaría o no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir a que fuese sino burla, se apartó, diciendo:

—Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar o morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, a la mano de Dios, y dense.

Agradeció el de la Blanca Luna con cortesés y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mismo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazón, y a su Dulcinea, como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían, tornó a tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacía lo mismo; y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mismo punto las riendas a sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a Don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza que la levantó, al parecer, de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo con una peligrosa caída.

Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.

—Eso no haré yo por cierto—dijo el de la Blanca Luna—; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el Visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesión, volvió las riendas el de la Blanca Luna; y haciendo medida con la cabeza al Visorey, a medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey a don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron a Don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando.

Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse. Parecía que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Vea a su señor rendido, y obligado a no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas proezas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría o no contrecho Rocinante, o deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le llevaron a la ciudad, y el Visorey se volvió también a ella, con deseo de saber quién fuese el Caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante había dejado a Don Quijote.

## CAPÍTULO LXV

*Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.*

Siguió don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle también, y aun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero a recibirle y a desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él don Antonio; que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese.

Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo:

—Bien sé, señor, a lo que venís, que es a saber quién soy, y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto a la verdad del caso. Sabed, señor, que a mí me llaman el Bachiller Sansón Carrasco. Soy del mismo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve a que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre de los que más se la han tenido, uno he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella; y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño; poniendo por condición de nuestra pelea que el vencido quedase a discreción del vencedor. Y lo que yo pensaba pedirle (porque ya le juzgaba por vencido), era que se volviese a su lugar, y que no saliese dél en todo

un año, en el cual tiempo podría ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció a mí y me derribó del caballo, y así, no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido, y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver a buscarle y a vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna; suplicoos no me descubráis, ni le digáis a Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva a cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

—¡Oh, señor!—dijo don Antonio—Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No véis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo a un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera dellas puede volver a alegrar a la misma melancolía. Con todo esto, callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.

El cual respondió que ya, una por una, estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndole ofrecido a don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél; y hechas liar sus armas sobre un macho luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo día, y se volvió a su patria, sin sucederle cosa que obligue a contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis días estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento.

Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo:

—Señor mío, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese, si puede, y de

gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, de una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos a nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidioso, aunque es vuesa merced el más malparado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería; y así vienen a volverse en humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año; que luego volveré a mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane, y algún condado que darte.

—Dios lo oiga—dijo Sancho—, y el pecado sea sordo; que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruín posesión.

En esto estaban, cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento:

—Albricias, señor Don Quijote; que don Gregorio, y el Renegado que fué por él, está en la playa; ¿qué digo en la playa?, ya está en casa del Visorey, y será aquí al momento.

Alegróse algún tanto Don Quijote, y dijo:

—En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara a pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no sólo a don Gregorio, sino a cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿De qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?

—Déjese deso, señor—dijo Sancho—; viva la gallina, aunque con su pepita; que hoy por ti, y mañana por mí: y en estas cosas de encuentros y porrazos, no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama, quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias; y levántese vuesa merced agora, para recibir a don Gregorio; que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.

Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el Renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver a Ana Félix, vino con el Renegado a casa de don Antonio; y aunque don Gregorio, cuando le sacaron de Argel, fué con hábitos de mujer, en el

barco los trocó por los de un cautivo que sacó consigo; pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete o diez y ocho años. Ricote y su hija salieron a recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. Contó el Renegado la industria y medio que tuvo para sacar a don Gregorio. Contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discreción se adelantaba a sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al Renegado como a los que habían bogado al remo. Reincorporóse y reconcilióse el Renegado con la Iglesia, y de miembro podrido, volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

Quedóse Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el día de la partida de don Antonio y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí a otros dos; que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote a don Gregorio mil escudos, si los quería, pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto, se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino: Sancho a pie, por ir el Rucio cargado con las armas.

## CAPÍTULO LXVI

*Que trata de lo que verá el que lo leyere, o lo oirá el que lo escuchare leer.*

Al salir de Barcelona, volvió Don Quijote a mirar el sitio donde había caído, y dijo:

—Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse.

Oyendo lo cual Sancho, dijo:

—Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora, que soy escudero de

a pie, no estoy triste; porque he oído decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo, ciega; y así, no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho—respondió Don Quijote—; muy a lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarín mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrévime en fin, hize lo que pude, derribáronme y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mi retirada. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

—Señor—respondió Sancho—, no es cosa tan gustosa el caminar a pie, que me mueva e incite a hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del Rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere; que pensar que tengo de caminar a pie y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

—Bien has dicho, Sancho—respondió Don Quijote—; cuélguese mis armas por trofeo, y al pie dellas o alrededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

...Nadie las mueva  
que estar no pueda con Roldán a prueba.

—Todo eso me parece de perlas—respondió Sancho—; y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarlo colgado.

—Pues ni él ni las armas—replicó Don Quijote—quiero que se ahorquen, porque no se diga que a buen servicio mal galardón.

—Muy bien dice vuesa merced—respondió Sancho—; porque, según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar a la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese a sí mesmo,

y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por al blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbese su camino; y al quinto día a la entrada de un lugar, hallaron a la puerta de un mesón mucha gente, que, por ser fiesta, se estaba allí solazando.

Cuando llegaba a ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz, diciendo: —Alguno destes dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.

—Sí diré, por cierto—respondió Don Quijote—, con toda rectitud, si es que alcanzo a entenderla.

—Es, pues, el caso—dijo el labrador—, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo, que pesa once arrobas, desafió a correr a otro su vecino, que no pesa más que cinco. Fué la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro a cuestras, y así se igualarían las once arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no—dijo a esta sazón Sancho—, antes que Don Quijote respondiese; y a mí, que ha pocos días que salí de ser gobernador y juez como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.

—Responde en buen hora—dijo Don Quijote—, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas a un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio.

Con esta licencia, dijo Sancho a los labradores (que estaban muchos alrededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya):

—Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna; porque, si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor; y así, es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí o de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere; y desta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

—¡Voto a tal—dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho—, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un ca-

nónigo! Pero a buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran—respondió otro—, porque el flaco no se mueva con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores a la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

—Yo, señores—respondió Don Quijote—, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar más que de paso.

Y así, dando de las espuelas a Rocinante, pasó adelante, dejándolos admirados el haber visto y notado, así su extraña figura como la discreción de su criado, que por tal juzgaron a Sancho; y otro de los labradores dijo:

—Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe de ser el amo? Yo apostaré que si van a estudiar a Salamanca, que a un tris han de venir a ser alcaldes de Corte; que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza.

#### CAPÍTULO LXVIII

##### *De la cerdosa aventura que le aconteció a Don Quijote.*

Era la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va a pasear a los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados.

Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó a Sancho y le dijo:

—Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición. Yo imagino que eres hecho de mármol o de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando tú cantas, yo me desmayo de ayuno, cuando tú estas perezoso y desalentado de puro hartó. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera.

Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida a entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate, por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradece date trecientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto, rogando te lo suplico; que no quiero venir contigo a los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

—Señor—respondió Sancho—, no soy yo religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo de azotarme; que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes.

—¡Oh, alma endurecida! ¡Oh, escudero sin piedad! ¡Oh, pan mal empleado, y mercedes mal consideradas, las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde o tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año; que yo *post tenebras spero lucem*.

—No entiendo eso—replicó Sancho—; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y ¡bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor, y finalmente, moneda general, con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto! Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es, que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho— dijo Don Quijote—, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: «no con quien naces, sino con quien paces.»

—¡Ah, pesia tal!—replicó Sancho—Señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes; que también a vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que a mí; sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán a tiempo, y los míos a deshora; pero, en efecto, todos son refranes.

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se extendía. Levantóse en pie Don Quijote y puso mano a la espada, y Sancho se agazapó debajo del Rucio, poniéndose a los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca a los dos temerosos; a lo menos al uno, que al otro... ya se sabe su valentía. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres a vender a una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban a aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara; y sin tener respeto a la autoridad de Don Quijote ni a la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando, no sólo a Don Quijote, sino llevando por añadidura a Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo a la albarda, a las armas, al Rucio, a Rocinante, a Sancho y a Don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió a su amo la espada, diciéndole que quería matar media docena de aquellos soeces y descomedidos puercos; que ya había conocido que lo eran.

Don Quijote le dijo:

—Déjalos estar, amigo; que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es, que, un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hocen puercos.

—También debe ser castigo del cielo—respondió Sancho—que a los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación. Pero ¿que tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos a acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos a Sancho, despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros, miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y aun más adelante.

## CAPÍTULO LXXI

*De lo que a Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo a su aldea.*

Iba el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho. No iba nada alegre Sancho, y yendo y viniendo en esto, dijo un día a su amo:

—En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físico que, con matar al enfermo que cura, quiere ser pagado de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado; y a mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizecos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite. Pues yo les voto a tal, que si me traen a las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías; que el abad, de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis.

—Tú tienes razón, Sancho amigo—respondió Don Quijote—, y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recibir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del deseneanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio a la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano pues tienes dineros míos.

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón a azotarse de buena gana, y dijo a su amo:

—Agora bien, señor, yo quiero disponerme a dar gusto a vuesa merced en lo que desea, con provecho mío; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere.

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho—respondió Don Quijote—, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de

Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tanto a lo que llevas mío, y pon el precio a cada azote.

—Ellos—respondió Sancho—son tres mil y trecientos azotes; de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demás: entren en la cuenta estos cinco, y vengamos a los tres mil y trecientos, que a cuartillo cada uno (que no llevaré menos, si todo el mundo me lo mandase), montan tres mil y trecientos cuartillos; que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen a hacer setenta y cinco reales, que juntándose a los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más.

—¡Oh, Sancho bendito! ¡Oh, Sancho amable!—respondió Don Quijote—Y ¡cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo a servirme todos los días que el cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la disciplina; que porque la abrevies, te añado cien reales.

—¡Cuándo!—replicó Sancho—Esta noche sin falta. Procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto; que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche, esperada de Don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece a los enamorados, que jamás ajustan con el tiempo la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos lozanos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el Rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del Rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas.

Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brío, le dijo:—Mira, amigo, que no te hagas pedazos; da lugar que unos azotes aguarden a otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento: quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado, y porque no pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézte el cielo conforme tu buena intención merece.

—Al buen pagador no le duelen prendas—respondió Sancho—; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela; que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro.

Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó a darse, y comenzó Don Quijote a contar los azotes.

Hasta seis u ocho se habría dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della; y deteniéndose un poco, dijo a su amo que se llamaba a engaño, porque merecía cada azote de aquéllos ser pagado a medio real, no que a cuartillo.

—Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes—le dijo Don Quijote—, que yo doblo la parada del precio.

—Dese modo—dijo Sancho—, a la mano de Dios, y lluevan azotes.

Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno dellos se le arrancaba el alma.

Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo:

—Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio; que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo; que no se ganó Zamora en un hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: bastan por agora; que el asno, hablando a lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.

—No, no, señor—respondió Sancho—. No se ha de decir por mí: «a dineros pagados, brazos quebrados.» Apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera; que a dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa.

—Pues tú te hallas con tan buena disposición—dijo Don Quijote—, el cielo te ayude, y pégate; que yo me aparto.

Volvió Sancho a su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas a muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo:

—Aquí morirá Sansón y cuantos con él son.

Acudió Don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del ríguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servía de corbacho a Sancho, le dijo:

—No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar a tu mujer y a tus hijos. Espere Dulcinea mejor coyuntura; que yo me contendré en los límites de la espe-

ranza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio a gusto de todos.

—Pues vuesa merced, señor mío, lo quiere así—respondió Sancho—, sea en buena hora; y écheme su ferreruero sobre estas espaldas; que estoy sudando, y no querría resfriarme; que los nuevos diciplinantes corren este peligro.

Hízolo así Don Quijote; y quedándose en pelota, abrigó a Sancho, e cual se durmió hasta que le despertó el sol; y luego volvieron a proseguir su camino, a quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurría, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, a quien servían de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la robó a Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas: ella sobre una alta torre, como que hacía de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar, sobre una fragata o bergantín, se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía a socapa y a lo socarrón; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos.

Viendo lo cual Don Quijote, dijo:

—Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya. Encontrara a aquestos señores yo, y ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruída, pues con sólo que matara a Paris, se excusaran tantas desgracias.

—Yo apostaré—dijo Sancho—que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado a éstas.

—Tienes razón, Sancho—dijo Don Quijote—; porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: «Lo que saliere»; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece a mí, Sancho, que debe de ser el pintor (o escritor, que todo es uno), que sacó a luz la historia deste nuevo Don Quijote que ha salido, que pintó o escribió a lo que saliere; o habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la Corte, llamado Mauleón, el cual respondía de repente a cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué

quería decir *Deum de Deo*, respondió: *Dé donde diere*. Pero, dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado o al cielo abierto.

—Pardiez, señor—respondió Sancho—, que para lo que yo pienso dar-me, eso se me da en casa que en el campo; pero, con todo eso, querría que fuese entre árboles; que parece que me acompañan y me ayudan a llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo—respondió Don Quijote—, sino que, para que tomes fuerza, lo hemos de guardar para nuestra aldea; que, a lo más tarde, llegaremos allá después de mañana.

Sancho respondió que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio a sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que el buitre volando.

—No más refranes, Sancho, por un solo Dios—dijo Don Quijote—; que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla a lo llano, a lo liso, a lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento.

—No sé qué mala ventura es esta mía—respondió Sancho—, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo me emendaré, si pudiere.

Y con esto, cesó por entonces su plática.

## CAPÍTULO LXXII

### *De cómo Don Quijote y Sancho llegaron a su aldea.*

Casi todo aquel día, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y mesón Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante a caballo, con tres o cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

—Aquí puede vuesa merced, señor don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta; la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto Don Quijote, le dijo a Sancho:

—Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la Segunda Parte de mi historia, me pareció que de pasada topé allí este nombre de don Alvaro Tarfe.

—Bien podrá ser—respondió Sancho—; dejémosle apear; que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, frontero del aposento de Don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenía la estancia de Don Quijote. Púsose el recién venido caballero a lo de verano; y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil hombre?

Y Don Quijote le respondió:

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced, ¿dónde camina?

—Yo, señor—respondió el caballero—, voy a Granada, que es mi patria.

—Y buena patria—replicó Don Quijote—; pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Alvaro Tarfe—respondió el huésped.

A lo que respondió Don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Alvaro Tarfe que anda impreso en la Segunda Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy—respondió el caballero—; y el tal Don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fuí el que le sacó de su tierra, o a lo menos le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor don Alvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto—respondió el huésped—, en ninguna manera.

—Y ese Don Quijote—dijo el nuestro—, ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía—respondió don Alvaro—; y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien—dijo a esta sazón Sancho—, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentil hombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen a cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reír a cuantos me escuchan.